

Los Vagos

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA



Apuntes callejeros, por HUERTAS

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO

Texto: DE AYER Á HOY, por ALFREDO CALDERÓN—CARTA AL REVERENDO PADRE BARNUM, por MARIANO DE CAVIA—CASTELLAR Ó LOS «APARECIDOS»—VERLAINE, por FRANCISCO A. DE ICAZA—DE ORO Y AZUL, por FRAY CANDIL—TEATROS, por J. DE C—LOS PLAGIOS DE LA SEÑORA PARDO BAZÁN.
Ilustraciones: APUNTES CALLEJEROS, por HUERTAS—BOULEVARD SAINT-MICHEL, PAUL VERLAINE, por TOMAS MARTÍN—JUEGOS PARA... LELOS, por MECACHIS (cinco viñetas.)

De ayer á hoy

Yo lo ví. Entre los escombros de la demolida barricada yacía el cadáver, caliente todavía. Era un mancebo, casi un niño. Negra orla de rizados cabellos circundaba su frente, y un ligero bozo sombreaba apenas su labio como primer florecimiento de naciente virilidad. Allí yacía inerte, ensangrentado, cubierto de heridas, cosido á bayonetazos. Más que el dolor supremo de la muerte, expresaban sus facciones la animación de la lucha, realizada por ese sello indefinible de grandeza heroica que acompaña siempre á las voluntarias inmolaciones.

¿Qué entendía aquel mozo de derechos? ¿Qué sabía él de libertad? Nada. Nunca había frecuentado las aulas para desgastar, rozándolo con el Digesto, el nativo sentido de lo justo. Nunca había seguido, á través de la historia de las Constituciones políticas, el proceso de los conciertos que han pactado, para ir viviendo, la libertad y la tiranía. No deletreó á Stuart Mill, ni hojeó á Julio Simón, ni aprendió en Tocqueville los varios motivos que puede haber para amar á la democracia, ni en Benjamín Constant las razones que aconsejan el corromperla.

Era un liberal nato, un demócrata impulsivo. Amó la libertad como se ama á la madre, sirvióla como se corteja á la mujer querida, sin razón, sin fundamento, sin *por qué*, aconsejado por la infinita sabiduría de lo inconsciente, conducido por la ceguedad infalible del instinto. El derecho no fué para él un principio, sino una fe. Como siente la pubertad brotar de las profundidades del alma el misterioso mandato de la especie, así su espíritu sintióse avasallado por el imperativo de los tiempos, y obligado á secundar sin discutir los designios inexcusables de la historia.

Reniéguenle cuantos entiendan que no es prudente respirar ni digerir hasta estudiar Fisiología, ni cabe pensar antes de haber sido iniciado en los secretos de la dialéctica, ni romper á hablar sin saberse de coro la Gramática de la Academia, ni tener novia sin haber saboreado previamente la Retórica de Michelet, criticado las paradojas de Schopenhauer y meditado las disertaciones de Mantegazza. No lo estimaba así aquel paladín de barricada. Sin sutilizar sobre la soberanía nacional, sin ergotizar acerca de los derechos del hombre, murió por ellos sencillamente. Como todo mártir, sacrificóse á lo obscuro. Se ha llamado á los mártires testigos, y en verdad que, si no de la justicia de su causa, sónlo irrecusables de la firmeza de su fe.

El orden limpiaba las calles; la reacción triunfante barría los detritus del motín. No tardó en llegar el carro gubernamental, encargado de arrastrar á la gran fosa común la carnaza revolucionaria. En él fué izado el cuerpo del iluso. Siguió aquel carro su camino, y, en tanto se alejaba, una mano lívida, destacándose de entre el montón de muertos, respondía á cada sacudida del fúnebre vehículo con un movimiento brusco y en apariencia convulsivo. No era fácil adivinar si aquella mano despedía ó amenazaba.

* *

Transcurrió apenas medio siglo. El rico salón, iluminado espléndidamente, dispuesto para el placer y adornado para la fiesta, trocóse de improviso en escenario de uno de esos dramas espantosos, tal como sólo sabe componerlos y ejecu-

tarlos la realidad. Una mano vengativa acababa de lanzar, desde lo alto, el rayo de la dinamita. Allí yacían, en montón informe, los despojos de la explosión, hacinamiento confuso de astillas, fragmentos, galas destrozadas y miembros humanos arrancados y palpitantes. Y en medio de ellos, reposando en lecho de sangre, dormía una pobre niña, entrada apenas en la adolescencia, verdadero capullo de mujer, cubierto el cuerpo con el blanco vestido, como símbolo de su virginidad, y abiertos los hermosos ojos más bien á la sorpresa que no al espanto de la muerte.

¿Por qué había muerto? ¿Quién lo sabe! Fué aquella noche al teatro para celebrar el natalicio de su nubilidad, esa solemne y pudorosa prolongación del vestido que simboliza para la mujer su iniciación en los hondos misterios de la vida. Allí le sorprendió la muerte. Nada más justificado que el asombro que expresaba su rostro hechicero. ¿Por qué la habían matado, á ella que jamás hizo ni deseó á nadie mal alguno? Sus ojos, ya eternamente velados, habían tenido lágrimas para la desgracia; su pequeña mano crispada había socorrido generosamente la indigencia; su pobre corazón, inerte, había acompañado con sus latidos las congojas del infortunio. ¿Quién la odiaba de muerte, á ella que sólo sabía amar? ¿Por qué la electricidad, destructora de las grandes tormentas sociales, iba á descargar sus furores sobre la cabeza virginal de aquella criatura inocente, para la cual era desconocido hasta el nombre de las grandes iniquidades, de los crímenes inexpiables que pesan como una maldición sobre el espíritu de las sociedades y la conciencia de las razas?

Llovía á torrentes. Una horrorizada muchedumbre presenciaba á la puerta el transporte de los cadáveres. Á la vista del de la pobre niña, la multitud entera prorrumpió en un grito unánime de conmiseración, mientras que allá, á lo lejos, tras la densa cortina de la lluvia, la mirada del odio fulguraba en la sombra los resplandores siniestros de un satánico regocijo.

* *

¿Quién nos dará la clave de este enigma? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué matan ahora por odio los que antes morían por amor? ¿Ha bastado medio siglo para restaurar, en plena civilización, aquellos tiempos oscuros en que la bestia humana combatía, revuelta con las otras bestias, en la noche de la caverna? ¿Es que la pugna del derecho engendraba mártires, mientras la del interés y el apetito no puede producir más que sicarios? ¿Ó será acaso el sacrificador de hoy la reencarnación del sacrificado de ayer? ¿Será la mano que hoy lanza la bomba, aquella misma mano lívida que se alejaba amenazante hace medio siglo? ¿Será la sangre, estérilmente vertida entonces, la que impone la expiación? ¿Seréis vosotros ¡oh bufones sanguinarios! vosotros ¡oh arlequines trágicos!, verdugos del orden, sofistas de la libertad, ergotistas del derecho, retóricos de la democracia, elevados á la altura sobre la ensangrentada cresta de la ola revolucionaria, repletos de carne humana en el festín canibólico de la vieja política, quienes, cerrando la puerta de las grandes esperanzas para dejar abierto el portillo de las supremas desesperaciones, habréis transformado el heroísmo en asesinato y al mártir en verdugo? ¿Será á vuestras flaquezas de ayer á las que deba la sociedad sus terrores de hoy y sus catástrofes de mañana?

ALFREDO CALDERÓN



CARTA

AL REVERENDO PADRE BARNUM

Ni el otro Barnum de apellido, el profano Fileas de nombre, fué tan afortunado como Vmd., mi venerable y carísimo amigo, cuando se le puso en las mientes trasladar al famoso elefante *Jumbo* desde el Jardín Zoológico de Londres, en donde compartía con las mismas instituciones regias el cetro de la popularidad británica.

hasta la que algunos incautos llaman «libre América», y yo me río, porque en la superficie de este planeta lo único libre que existe es el mar libre (si lo hay) del Polo Norte.

Pues, sí, mi reverendo Padre; afortunadísimo fué el otro Barnum, el seglar, el *manager* laico, en el ardua empresa de transportar allende el Atlántico aquella seria y respetable masa animal, paquidérmica y semoviente; pero, ¿y estotra empresa de transportar allende el Mediterráneo una masa, no menos seria y respetable de obreros fieles y devotos, demostrando ante el Vaticano y el resto del orbe católico que aquí, donde los trabajadores no tienen para pan, tienen para estampas?

«Conmigo no hay competencia», puede Vmd. exclamar; y con Vmd. todos los Barnum adyacentes, ó sufragáneos de Barnum, que han organizado la actual peregrinación á Roma, ó, como diría algún impío, este transporte del *Jumbo* clerical.

Y antes de pasar adelante, debo hacer una aclaración. Si alguien se atreve, no ya á suponer, pero ni siquiera á sospechar, que esta breve esquila de felicitación que á Vmd. remito, tiene la menor trascendencia burlona... *anathema sit*. Sépase de una vez para siempre que estoy conforme —y ¿cómo no estarlo?— no sólo con la mente que preside á la organización de esta romería, sino también con los procedimientos de que tan sabiamente ha echado Vmd. mano para sufragar los gastos de esta expedición difícil y costosa á más no poder.

Sí, padre Barnum; complaciéndome en salir al frente á los destructores de tamaña empresa, me apresuro á decir que estoy conforme, prescindiendo de suscripciones, rifas, sorteos, cuestaciones á domicilio, etc., etc., hasta con el tiro de pichón que aquí, en Madrid, se celebró á beneficio de la peregrinación obrera.

—¡Pobres palomas! (dirá tal vez algún católico miope, ó acaso algún volteriano demasiado largo de vista). ¡De nada os ha servido, infelices, haber sido elegidas por la Santa Madre Iglesia para simbolizar al Espíritu Santo! ¡Qué horrible sacrificio! ¡Qué bárbara hecatombe!

Quizá nuestra amiga, Doña Emilia Pardo Bazán, habrá exclamado ante los sangrientos despojos de las palomas:

—¿Qué diría de esto mi San Francisco de Asís? ¿Qué diría de esto mi seráfico y angelical patrono, que llamaba hermanos, no ya á los animales, sino también á los vegetales y á las piedras?

Digan lo que quieran el católico miope y el volteriano audaz, la señora Pardo Bazán y el propio San Francisco de Asís, yo digo por mi cuenta que la tal «hecatombe» (sé lo que es «hecatombe» propiamente dicha, padre Barnum, pero ahora me viene muy bien esta palabra) es el menor sacrificio á que están obligadas las palomas en favor de Nuestra Santa Madre la Iglesia, habiendo sido designadas por ella para ocupar puesto tan preeminente en la que hoy llamaría *Zoología mística*, si viviera, el autor de la *Alfalfa espiritual para los borregos de Cristo*.

Pues, ¿y si desde el citado tiro de pichón pasamos al partido de pelota, que también se celebró en este Madrid de nuestras virtudes (antes de nuestros pecados), á beneficio de la romería?

No faltaron creyentes y descreídos que, ante tal función, organizada en una de esas timbas al aire libre que ahora están de moda, exclamasen con intención, ya candorosa en extremo, ya perversa en demasía:

—Lo que ahora falta saber es entre quiénes cabe repartir la culpabilidad espiritual que resulte de las pérdidas y ganancias en este partido. ¡Qué de pecados cometidos con el dinero de los gananciosos! ¡Qué de malas pasiones y graves peligros habrán conculcado las pérdidas!

Nada de eso (me apresuro yo á responder); teniendo en cuenta el piadosísimo objeto del partido, el ganancioso tendría la ganancia por recompensa providencial, y la aplicaría á honestos fines, en tanto que el castigado por la suerte achacaría este castigo á providencial designio, y lo aceptaría como devota mortificación.

¿Mortificación dije? Bien equivale á la de un buen cilicio, á la de un regular ayuno, ó á la de unas recias disciplinas, la mortificación de unos cuantos revolcones en una novillada.

La efectuada pocos días ha en la Plaza de Toros de Bilbao á beneficio de la peregrinación, tiene ese aspecto, hasta ascético, si se quiere, con el cual se disipa y desvanece toda objeción que pudiera hacerse en contra de dicho espectáculo.

Pareciéndome tan de perlas los medios, excuso decir á vuesa merced qué tal me parecerán los fines, y aun los frutos que positivamente dará esta empresa. Nos hallamos, por fortuna, en tiempos muy distintos de aquellos en que un D. Francisco de Quevedo y un Padre Benito Jerónimo Feijóo decían de las romerías: que mejor deberían llamarse *ramerías*, y que sus frutos se echaban de ver, por lo común, á los nueve meses... La nuestra es época de fe absoluta, de sinceridad perfecta y de candor sin igual; condiciones que ciertamente no advirtieron en su tiempo aquellos suspicaces, aunque católicos, escritores.

Hoy todo irá á maravilla, padre Barnum; lo único que sería sensible y doloroso en esta admirable manifestación, es que algún peregrino, al perder de vista el campanario de su parroquia y al contemplar los esplendores de la residencia pontifical, dejado de la mano de Dios y tocado de las garras del diablo, hiciera bueno aquel viejo y pícaro refrán romano: «*Roma veduta, fede perduta*.»

Retractándome de cuanto en estas cortas letras hallare Vmd. de molesto ó atrevido, reitera á Vmd. humilde parabién, le pide su santa bendición y le besa reverentemente las manos,

MARIANO DE CAVIA

Castelar ó «Los Aparecidos»,

Castelar prometió irse á... escribir la Historia de España, para que después le enterrasen boca abajo, capricho raro por ciertos. Ahora se descuelga con una carta, en que también promete varias cosas.

1.^a No acompañar ni dirigir más á los posibilistas.

Que es como renunciar generosamente á la mano de doña Leonor, porque del posibilismo no queda más que el rabo, ó sea el señor Moraita.

* *

2.^a No volver á inspirar ningún diario.

Lo cual equivale á decir que *El Globo* dejará de hoy más de ser lo que era: un *globo cautivo*.

* *

Y á propósito. No pudo Castelar escoger título de periódico más en armonía con su carácter: *El Globo*.

¿Qué será de *El Globo* sin el gas de la vanidad de D. Emilio?

* *

3.^a No volver á hablar en el Congreso.

¡Qué lástima que Romero Robledo, San Pedro y otros Villanuevas de menor cuantía, no imiten al famoso «enamorado de sí mismo», como el mono de la fabulilla!

* *

De modo que descansaremos por algún tiempo de *trompetas angélicas*, *primeros siglos de la historia*, *Partenones* y otras cosas por el estilo.

¡Dios te oiga!

* *

¿Cuándo será el día en que doña Emilia nos prometa también no escribir más cuentos?

Vamos, doña Emilia, imite usted á su tocayo.

* *

En esa carta de Castelar, que es una exhibición personal insoportable, se leen cosas como las que siguen:

«Pues que oigan mis consejos en la democracia, por cuyo bien *heme* (!!) desvivido siempre, como reconocen TODOS LOS PUEBLO. CULTOS DEL PLANETA...»

¡Adiós, Tú!

* *

Y añade D. Emilio:

«Desde mi hogar, consagrado á obras científicas y literarias...»

¿A qué llamará D. Emilio obras científicas?

¿A su libro sobre Colón, dedicado á Telesforo García? ¿A su biografía del Marqués de Cayo del Rey?

* *

¿Cuándo nos convenceremos de que Castelar es un farsante de tomo y lomo?

Nunca, porque Castelar es la encarnación de nuestra raza, como dice el nunca bien ponderado D. Pompeyo... en Carnaval, digo, Gener.

* *

Castelar, como el Dr. Panglós, no se cansa de repetir que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

¿Qué nos falta por hacer? Nada. Él, en complicidad con Sagasta, lo ha hecho todo.

Y manos sucias.

* *

Y dice D. Emilio:

«De la política militante me retiro y aparto para siempre.»

No le crean ustedes. Hace que se marcha, y... vuelve.



VERLAINE

Parece que la niebla sale del Sena, se extiende por el *boulevard* y esfuma en su tono gris colores y contornos.

A lo lejos comienzan á encenderse las luces del gas, y una tras otra van apareciendo como puntos rojos en el fondo grisáceo de la Avenida. El asfalto del piso, húmedo y lustroso, las reproduce, espejeando á modo del *parquet* encerado de un inmenso salón de baile.

Es la hora del ajenjo. Una honda melancolía, la melancolía del crepúsculo en las grandes ciudades, mucho más profunda que la del crepúsculo en los campos, parece envolverlo todo.

Es la hora del ajenjo. Sobre las mesas exteriores del café las copas semejan ópalos verdes. En el arroyo arremolínanse los carruajes; á veces un enorme ómnibus, arrastrado por esos gigantescos caballos normandos que se diría que trotan pensativos é indiferentes, interrumpe la marcha ordinaria para emprenderla de nuevo al restallar de la fusta y el cascabeleo de los collares. Comienza á llover; en la *imperial* del ómnibus ábrense los paraguas y, al oscilar en la penumbra cuando el vehículo se va alejando, parece que cabecean como los plumeros negros de un carro fúnebre.

Las *filles du quartier* pasan por la acera dirigiendo esas miradas con que imploran la limosna del vicio. Sus ojos, con marcos de pintura violácea, me recuerdan las aberraciones estéticas que amaba Baudelaire. Son las musas de los *decadentes*... ¿Quién va allí? Ah, es Verlaine. Dos de ellas se detienen para saludarle. Es Verlaine, el más poeta de cuantos escriben versos en Francia, el presidiario de los cantos místicos, el asceta de las estrofas lujuriosas. Vacila al andar: lleva mucho alcohol ó muchas ideas en la cabeza.

¿Qué irá pensando? Quizás nada; en ese flujo y reflujo de lucidez é idiotismo de los que cultivan su neurosis, ¡quién puede adivinar lo que piensa el enfermo!

*
*
*

Al verle alejarse, arrastrando sus piernas reumáticas, vuel-

vo la memoria á la época en que hablarle y conocerle formaba parte del programa literario de uno de mis viajes.

¡Ah! mi inocente sencillez de aquellos tiempos rodeaba de nimbos ideales la figura de los poetas. El

«Quotquot erant vates, tot rebar esse deos...»

de Ovidio, estaba en mi alma.

Verlaine, aplaudido por Sainte-Beuve, admirado por Víctor Hugo y respetado por Zola; Verlaine, *parnasiano* exquisito de las *Fiestas Galantes*, poeta sincero y candoroso de *La bonne chanson*, tenía en mis fantaseos de adolescente algo de sobrenatural y de divino. La misma relativa obscuridad de su nombre, casi desconocido entonces en el extranjero, exaltaba mi inofensiva vanidad juvenil, que, al admirarlo, me hacía contarme entre el público de los refinados y los escogidos.

Verlaine, ébrio, salpicado de barro, desde el sombrero de anchas alas hasta las botas de obrero; Verlaine, jurando á voces y acompañando los juramentos con los golpes del grueso bastón que llevaba en la mano, y que hacían crugir el piso de madera y temblar los cristales de los escaparates de la librería de Vanier, donde le conocí, me hizo ver la realidad repugnante de su vida bohemia y aventurera.

Vuelto á medias de mi sorpresa, y queriendo conocer al hombre tanto como al poeta, cuando se tranquilizó, le acompañé charlando por el *Quai Voltaire* y el *Boule-Miche*, hasta un cafetín donde, con llaneza de borracho, me invitó á tomar el licor verde.

Entramos. Verlaine habló deshilvanadamente de muchas cosas: del dinero que había ganado en unas conferencias que acababa de dar no sé si en Bélgica ó en Inglaterra; de su prisión, del hospital donde, so pretexto de su reumatismo incurable, la ciudad se encarga de darle el hogar y la asistencia que le faltan; de Góngora y de Goya, á los que admiraba con inexplicable entusiasmo, puesto que ni entendía á uno ni había visto gran cosa del otro, y de no sé cuántos asuntos más, hasta que, interrumpiéndose repentinamente, pidió pluma y papel y se puso á escribir sin decir palabra.

Entonces pude estudiarlo bien.

Su cabeza, recortándose á contraluz sobre las ventanas del café, por donde entraba la claridad amarillenta del caer de

una tarde lluviosa de fines de Otoño, tenía algo de asceta y mucho de fauno.

Debajo de aquella frente pálida y rugosa, encuadrada por enmarañados cabellos grises y diseñada vigorosamente, como por mano de Ribera, con líneas luminosas y manchas negras, bullían los dolorosos arrepentimientos y los sueños místicos de *Sagesse*. Pero también los labios de laxitud carnosa de sátiro viejo, y los ojillos oblicuos de fauno ébrio, justificaban las *Can-*

ciones para ella y las *Odas en honor suyo*, inspiradas en una locura erótica que ha dejado muy atrás las cínicas obscenidades de Stratón.

En su cerebro desequilibrado, los vapores del absintio, como las nubes del incienso de sus *Liturgias íntimas*, envolvían *parallelamente* la visión borrosa de Afrodita desnuda, pronta á todo pacer, y de Cristo abriendo los brazos ensangrentados, propicio á todo dolor.

* *

Nordau, en un reciente libro, mira con desprecio las estrofas de Verlaine, porque, según su diagnóstico pseudo-médico, Verlaine es un *degenerado circular*. Estudie en buena hora el naturalista si la enfermedad de un molusco da como resultado las perlas. El joyero y el artífice, para avalorarlas, mirarán su grandor y su oriente, y no discutirán si es ó no una secreción morbosa la que produce la concreción calcárea.

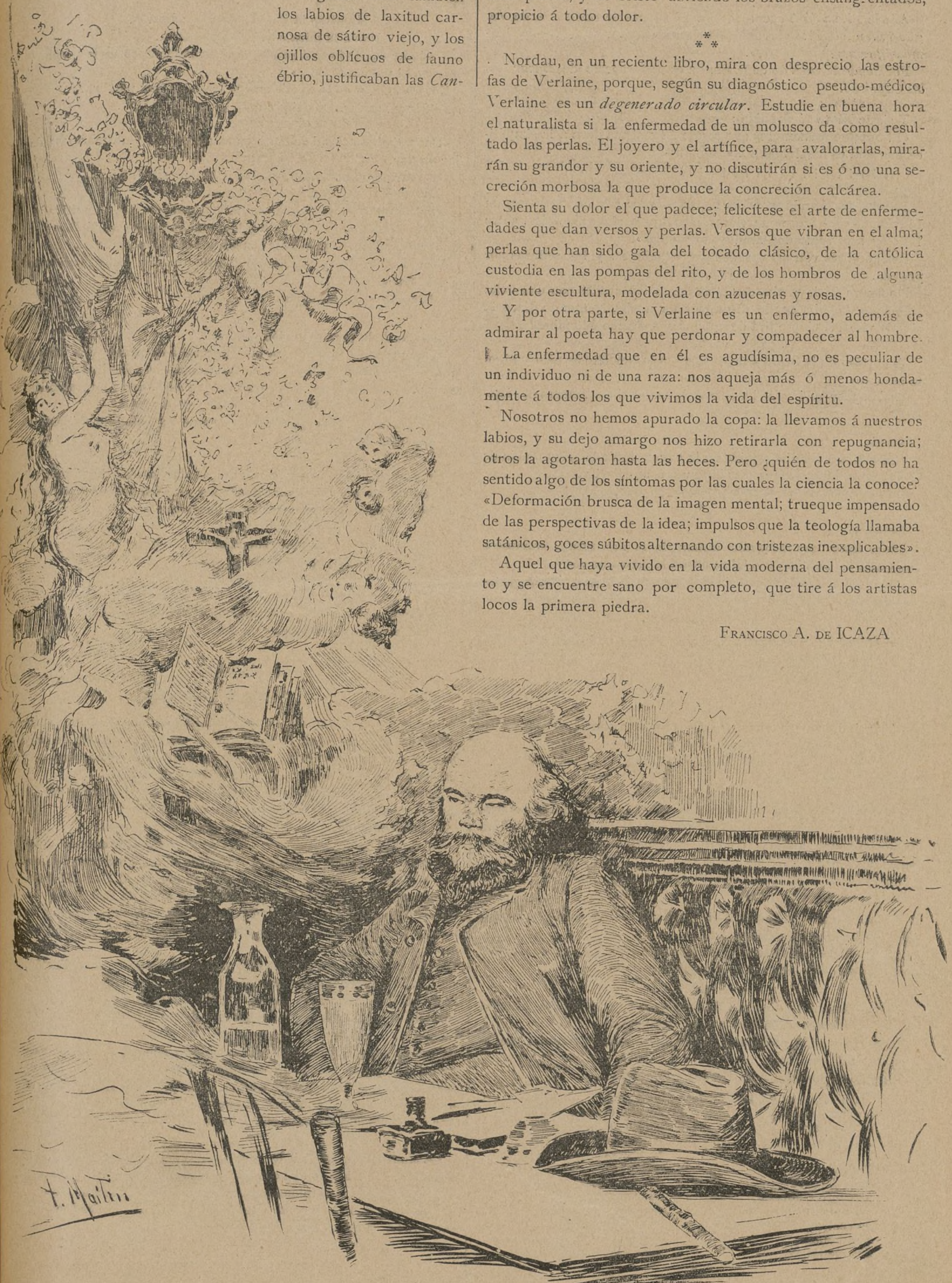
Sienta su dolor el que padece; felicítase el arte de enfermedades que dan versos y perlas. Versos que vibran en el alma; perlas que han sido gala del tocado clásico, de la católica custodia en las pompas del rito, y de los hombros de alguna viviente escultura, modelada con azucenas y rosas.

Y por otra parte, si Verlaine es un enfermo, además de admirar al poeta hay que perdonar y compadecer al hombre. La enfermedad que en él es agudísima, no es peculiar de un individuo ni de una raza: nos aqueja más ó menos hondamente á todos los que vivimos la vida del espíritu.

Nosotros no hemos apurado la copa: la llevamos á nuestros labios, y su dejo amargo nos hizo retirarla con repugnancia; otros la agotaron hasta las heces. Pero ¿quién de todos no ha sentido algo de los síntomas por las cuales la ciencia la conoce? «Deformación brusca de la imagen mental; trueque impensado de las perspectivas de la idea; impulsos que la teología llamaba satánicos, goces súbitos alternando con tristezas inexplicables».

Aquel que haya vivido en la vida moderna del pensamiento y se encuentre sano por completo, que tire á los artistas locos la primera piedra.

FRANCISCO A. DE ICAZA



DE ORO Y AZUL

¡Qué graciosa es la *fotografía íntima* que hace Pérez Nieva de doña Emilia Pardo Bazán en el último *Blanco y Negro*!

Dice que doña Emilia vive en una casa de *muy propio estilo*.

Será lo único propio que tenga doña Emilia: el estilo de su casa.

Pero, ¿qué quiere decir eso de que una casa tiene *propio estilo*? Digamos con Bufón: el estilo es la casa.

Añade Nieva (ó Truena) que á la puerta de Emilia Pardo Vogüe paran *todos* los carruajes de cuyas *cajas* descienden los *últimos figurines parisienses*.

Por donde la casa de doña Emilia es una especie de *Bazar X ó Al Capricho*.

Y sigue Nieva (ó Graniza):

«El número de hombres que acude á la misma hora á la simpática morada, es incalculable...»

(i i i i i i i i i i i i i i i i i i)

Los cuales hombres *están representados por simones*—según Llovizna—«que osan mezclarse, con sus malos caballos, entre los *elegantes* vehículos tirados por yeguas».

Los hombres van arrastrados por caballos, y las señoras por yeguas.

Me figuro á Nieva olfateando de cerca los coches con una vela.

Porque, ¿quién puede distinguir de noche, y aun de día, á la simple vista, si el que tira de un coche es macho ó hembra?

El portero de la Sra. Pardo es «un *suave* viejecito de pelo y bigote blancos».

Suave, ¿por qué? ¿Le ha pasado la mano el Sr. Truena al viejecito?

Nieva:

«Cuanto hay de distinguido en la Corte, desde la aristocracia de la cuna á la que no tiene más blasón que su inteligencia...»

Los aristócratas no tienen inteligencia, según Nieva.

Graniza:

«Pero hacer una fotografía íntima de la escritora... equivale á retratarla en público, y aquí se busca lo ignorado...»

Como por ejemplo: descubrir si el caballo es yegua, ó si la yegua es caballo.

«Lo ignorado, lo familiar, lo que no se halla al alcance de la mayoría de las gentes, y tal circunstancia resulta en la ocasión actual *bastante peliaguda*.»

¡Y tanto!

«Alegrándome en el alma que doña Emilia habitase en casa de *estilo propio*, antigua y *caracterizada*.»

Una casa que, casi, casi, se confunde con un Senador vitalicio: antigua y *caracterizada*...

«He subido en vano dos veces á su cuarto con mis cuartillas preparadas (¡nieva vá!), mis *lápices* (pero ¡cuántos lápices gasta este Truena!) recién afilada la punta y resuelto á sacar un millón de notas de la rica mansión.»

Lo que hizo doña Emilia con Vogüe. Ni más ni menos.

Doña Emilia—añade Nieva—le guía por toda la casa y le descubre «verdaderas joyas *suntuarias*».

¿Será posible, Sr. Truena que *nieve* usted así? ¡*Joyas suntuarias*! Usted quiso decir suntuosas, y no es lo mismo.

Busca, buscando, siempre de bracero con doña Emilia, he aquí lo que va descubriendo Nieva en la rica mansión:

Óleos, acuarelas, esculturas, mármoles, bronce, timbres, pantallas, mesitas, etc., etc.

Aquí de la fábula de «La Urraca y la Mona»:

«Si vinieras á mi estancia,	la contera
¡cuántas cosas	de una espada,
te enseñara!	medio peine,
.....	y una vaina
.....	de tijeras,
Fué sacando	una gasa,
doña Urraca	un mal cabo
una liga colorada,	de navaja,
un tontillo	tres clavijas
de casaca,	de guitarra,
una hebilla,	y otras muchas
dos medallas,	zarandajas...

«En el fondo de la estancia—añade Llovizna—hay una larga mesa con altas sillas, una y otras de *GUSTO GÓTICO*.»

¿Gusto gótico? ¡No está usted mal gótico!

Nieva:

«Abre después la llave...»

Al armario, pensarán ustedes. ¡Cá! «A la conversación; y se enfrasca en una verdadera disertación acerca de cosas de letras y artes...»

Mientras la Pardo con calor diserta,

Nieva la mira con la boca abierta.

Y añade: «que vierte á raudales su erudición profunda y sólida, *maciza*, si vale la frase...»

No, no vale, porque *maciza* no es frase, es una palabra.

Sólida y *maciza*. De cal y canto, como quien dice.

«Doña Emilia *salta* de asunto en asunto, como una mariposa de flor en flor.»

Las mariposas no saltan, vuelan. Créame usted, Nieva.

«Doña Emilia es nuestra diosa del naturalismo (!), la cultivadora española del género de Zola y los Goncourt (pero ¿qué dice este hombre?), y las *privilegiadas concepciones* de su *cerebro*...»

Remito al Sr. Nieva al artículo de este número, «Los plagios de la Sra. Pardo Bazán.»

Y hasta otra, Sr. Graniza.

Noticias de la peregrinación obrera:

«Concurrirán á Roma, para incorporarse á los peregrinos, veinte mulatos de la isla de Cuba, otros veinte indios de Filipinas y veinte negros de Fernando Póo, á fin de que así estén representadas nuestras colonias de América, de Asia y de Africa.»

¿Por qué no mandan de muestra á Fabié ó á Balaguer, Ministros que han sido de Ultramar?

«Se previene á los peregrinos que los estandartes y banderas, al llegar á las aduanas italianas deben ser presentados para satisfacer los correspondientes derechos arancelarios.»

Nos va á salir carita

la peregrinación

si hay que soltar la guita

para cada pendón.

¿Y á qué se reduce la peregrinación, después de todo?
A quince minutos de Papa y fonda.

FRAY CANDIL

Teatros

Novelli sigue *relampagueando* genialmente todas las noches en la *Comedia*, en medio de la indiferencia helada y amable de este *buen pueblo de Madrid*, tan injusto de ordinario, unas veces por exceso y otras por defecto, con los artistas del teatro.

¡Lástima que el ilustre actor italiano no tenga la acogida de entusiasmo caluroso que merece su indiscutible valer!

Porque ¡cuidado, que es hermosa la labor de Novelli!

En el espacio de una semana ha *vivido* el *Said* romántico y palabrero de Guimerá, el *maestro Pórrorra* infantil y tierno de Cecchi, el *Otelo* y el *Sylock* del gran trágico inglés, el *Luis XI* folletinesco de Delavigne, y el pintor desequilibrado de Ibsen. No podemos detallar las innumerables facetas que en la ejecución de trabajo tan vario y complejo ha ofrecido Novelli á la atención del espectador inteligente.

Actor profundamente reflexivo, maestro del gesto y de la dicción, *cala* en los personajes en que encarna, de suerte que llega á borrar el convencionalismo teatral y á *convencer* al espectador. Con Novelli, el teatro es lo que debe ser: espejo fidelísimo de la realidad.

Si el esfuerzo supremo del artista en esta semana no logra atraer gente al *elegante coliseo de la calle del Príncipe* (cliché Bofill), será llegado el caso (véase Gullón. Disc. parl.) de pensar que en este país... perdón, madames et messieurs, iba á repetir una cosa que están ustedes diciendo todos los días.

La Montbazón, después de una poco lucrativa temporada en la Princesa, se ha ido con su *can-can* y sus secuaces á otra parte.

¡Vaya en paz la salpimentada cantatriz (véase Canals: *Heraldo de Madrid*), y ojalá lleve de esta *hidalga villa de Madrid* buenos recuerdos, ya que no moneda ó cosa que lo valga!

J. DE C.

EL PLUTARCO DEL PUEBLO

JUEGOS PARA... LELOS, por MECACHIS



GLADIADORES Y PELOTARIS



En tiempo de las bárbaras naciones
los hombres se mataban cual leones.



Pero ahora, en el siglo de las luces,
despluman á los pobres avestruces (1).

(1) A los que juegan.



Lo que prueba, lector, si no lo sabes,
que fuimos fieras,



y ahora somos aves.

Los plagios de la Sra. Pardo Bazán

Del interesante libro *Examen de críticos*, recientemente publicado por nuestro colaborador D. Francisco A. de Icaza, reproducimos para solaz de los lectores y enseñanza y consejo de los que han dado en la flor de llamar sabia á la Sra. Pardo, los siguientes documentos. Con ellos, y otros muchos, prueba *matemáticamente* el Sr. Icaza que las sabidurías de doña Emilia nada tienen de originales y mucho de extraordinarias.

V. E. M. DE VOGÜE

LE
ROMAN RUSSE

París 1886.

Le Romantisme.

Durant le règne de Catherine, les doctrines des theosophes, apportées de Suède et d'Allemagne, s'infiltrèrent en Russie...; ces idées troubles prennent corps dans l'affiliation maçonnique (etcétera etc.)

D.^a E. PARDO BAZÁN

LA REVOLUCIÓN
Y LA NOVELA EN RUSIA

Madrid 1887

El Romanticismo.

Durante los últimos años del reinado de Catalina, se infiltran en Rusia las doctrinas teosóficas venidas de Suecia y Alemania: el misticismo iluminista trae de la mano á la francmasonería... (etc., etc.)

Puszkín.

Le fils des vieux boyars avait pour aïeul maternel un nègre abyssin, Abraham Hannibal..., adopté par Pierre le Grand, qui le fit général et le maria à une dame de la Cour.

Il mène à la victoire toute une pléiade d'intelligences, groupées autour de lui au Lycée, maintenant sous sa domination à l'Arzamas. On appelait ainsi une sorte de cercle ou d'académie qui a été pour le romantisme russe ce que le Cénacle fut pour le nôtre un peu plus tard: le centre d'attaque et de résistance contre les classiques... les joutes poétiques y dégénérèrent vite en discussions politiques...; commencèrent d'y agiter les idées et les projets qui aboutirent au complot de décembre.

Pouchkine... se rattache toujours et directement aux grands courants de la littérature européenne. Certes, il serait souverainement injuste de voir en lui un imitateur servile... il faut reconnaître que l'œuvre de Pouchkine, prise dans son ensemble, ne nous révèle aucun caractère ethnique. Sa mélancolie ne lui vient point de l'écrasement russe... (etc., etc.)

Lermontof.

Autour et au-dessous de Pouchkine, la forêt romantique est touffue... Restons au Caucase pour y attendre Lermontof. C'est le poète attiré de ce beau pays. Durant la première moitié du siècle, le Caucase fut pour la Russie ce que l'Afrique était pour nous... On comprend la fascination de cet Eden; il offrait aux jeunes Russes ce qui leur manquait le plus: des montagnes, du soleil, de la liberté.

Lermontof... a passé sa courte vie dans les montagnes lesghiennes..., il y est tombé, lui aussi, tué en duel à vingt-six ans comme son aïe Pouchikine, et au moment où la voix publique lui discernait la succession de cet aïe.

(A Byron); Lermontof lui a pris son âme... ses contemporains s'accordent à nous le représenter vindicatif et hargneux, un méchant compagnon. Ils disent que pour peindre Lucifer, l'auteur du *Démon* n'eut cet esprit tourmenté se montre tout entier, avec son mélange d'imaginaires grandioses et d'amères railleries.

Moins harmonieux et moins parfaits que les vers de Pouchkine, ceux de Lermontof ont parfois des vibrations plus douloureuses.

Lermontof a jeté les derniers cris romantiques et le plus stridents. Monté à ce paroxysme..., la poésie surmenée va languir et déchoir (etc. etc.)

Llevaba en sus venas, mezclada con la esclava, sangre africana, por ser nieto de un negro el abisinio Abraham Aníbal..., á quien Pedro el Grande concedió grado de General, casándolo con una dama de la Corte.

Le puso á la cabeza de la pléyade poética que se reunía en la sociedad del *Arzamas*. Era el *Arzamas* lo que para el romanticismo francés el *Cénacle*: un centro de ataque y defensa contra el clasicismo; mas en breve, las discusiones literarias pasaron al terreno vedado de la política, y se agitaron ideas que habían de parar en la intentona de Diciembre.

Pouchkine pertenece, no hay duda, á las grandes corrientes generales de la literatura europea...; pero sería injusto considerarle mero imitador. Las obras de Pouchkine no tienen carácter étnico: su melancolía no es la desesperada tristeza rusa, (etcétera, etc.)

Entre la apretada región de poetas que se alza en derredor de Pouchkine, uno merece especial mención: Lermontof... Lermontof fué el cantor de la región caucásica. A la sazón el mayor favor que se le podía hacer á un poeta era enviarlo á las montañas: allí encontraba cuanto reclama la fantasía: aire, sol, libertad...

Pero Lermontof en particular se impregnó de ellas, vivió en ellas; cayó herido de muerte á los veintiséis años, cuando la opinión le señalaba por sucesor de Pouchkine.

Á Byron le había bebido el alma, y se le parecía hasta en el carácter descontentadizo, inquieto, en las violentas pasiones, extremadas por un obscuro tinte de malevolencia y soberbia, tanto, que sus enemigos dicen que para describir á Lucifer le bastó con mirarse al espejo. Lirismo desenfrenado, ironía mofadora...

...inferior á Pouchkine en armonía y perfección, le gana en dolorosa y vibrante intensidad.

Lermontof es la nota sobreguada del romanticismo, y después de su muerte es fuerza que decaiga, (etc., etc.)

Griboyedof.

Le temps seul leur a manqué pour réaliser de magnifiques promesses...; sa gloire naquit d'un coup... elle ballança un instant celle de Pouchkine...

En 1829, comme il voyageait au Caucase, il rencontre un chariot au bac d'une rivière... Quelques Géorgiens les accompagnaient... C'était le corps de Griboyedof (etc. etc.)

...apuntaba con magníficas promesas en Griboyedof... mereció ser señalado como émulo de la gloria de Pouchkine. Cinco años después, al regresar Pouchkine del Cáucaso, se tropezó con unos georgianos que llevaban en un carro un cuerpo muerto. Era el de Griboyedof, (etcétera, etc.)

Gogol.

Nicolas Vassiliévitch naquit en 1809, ...au centre des terres noires et de l'ancien pays cosaque. Son premier éducateur, fut son grand-père... L'enfant fut bercé aux récits de l'aïeul, survivant des époques héroïques... La jeune imagination s'emplit de ces histoires... Gogol partit pour Petersbourg... léger de bourse, riche d'illusions... Il apprit que la grande ville était un désert plus inclement que sa steppe natale... Après bien des démarches, il obtint une modeste place d'expéditionnaire au ministère des apanages... Tandis qu'il copiait la prose de son chef de division, la bureaucratie russe posait devant lui...; Bientôt las de ce métier, Gogol en essaya quelques autres... il offrit ses services à la direction des théâtres; on ne lui trouva pas assez de voix... il entreprit sans grand succès des éducations dans des familles de l'aristocratie pétersbourgeoise.

Gogol a raconté avec quelles palpitations il sonna un matin à la porte du grand poète. Celui-ci dormait encore, ayant veillé toute la nuit... avait passé la nuit à jouer aux cartes... mais l'accueil fut si cordial! Pouchkine... Exempt d'envie, libéral de son trop plein d'idées et de gloire, il aimait naturellement le succès d'autrui... Gogol suivit le conseil; il écrivit les *Veillées du hameau*.

Nació Gogol en 1809: corría por sus venas sangre cosaca y vió la luz en el centro de Estepa... Su abuelo, teniéndole en las rodillas, le refería consejos heroicos... Esta fué la gran escuela de su imaginación...

...Gogol pasó á San Petersburgo... llevaba la bolsa ligera y la fantasía caliente. Vió que la gran ciudad era un desierto más árido que la Estepa, y aun después de lograr puesto en las oficinas del Estado, pasó estrecheces y soledades que no podría describir nadie sino él. Una ventaja tuvo: estudiar de cerca el mundo burocrático, y encontrar en el polvo de los legajos alguna de sus páginas mejores. Cesante ya, rodó como la hoja desprendida del árbol: quiso ser actor, y le hizo traición la voz; metióse á preceptor, y vió que no servía para la enseñanza.

(Continuará.)

ORO Y AZUL

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

OFICINAS

REDACCION Y ADMINISTRACION

BALLESTA 7, BAJO

ADMINISTRADOR

FEDERICO COROMINA

SUSCRIPCION — Madrid: trimestre, **2,50** pesetas — Provincias: ídem, **2,50** — Ultramar: trimestre **4**.

Número suelto, 15 céntimos

M. Romero, impresor.

MADRID

Tudescos, 34.—Tel. 575